

PONENCIA 2

## LA AUTOCRÍTICA DE LOS PROFESIONALES DE LA INFORMACIÓN: LOS INFORMES ‘HUTTON’ Y ‘SIEGAL’

ENRIQUE PERIS AMO

*Periodista. Corresponsal de TVE de Londres*

Recuerdo una clase que daba en la Universidad Francisco de Vitoria de Madrid, una clase extracurricular de Información Audiovisual para alumnos de Periodismo. A la hora de los ejercicios prácticos, de cómo plantear y contar una noticia o un reportaje para la televisión, había alumnos que tenían una tendencia a echarle imaginación al asunto, y a pensar en una historia llamativa, pero falsa, partiendo de elementos inventados o contando con ellos. Uno planteaba un reportaje sobre una compañera de la universidad que, en el agobio de los exámenes, abusaba de la centramina y otros fármacos para mantenerse despierta y rendir más. La historia y la entrevista con la compañera en cuestión, inventada y fingida. (Otro hizo una noticia en la que aparecían alumnos fumando canutos: escenas artificialmente montadas también).

Les hice saber que -toda vez que aquella era la carrera de Periodismo, no la de comunicación audiovisual, cine o realización- yo prefería noticias reales, aunque fueran más banales y menos brillantes, y entonces me dijeron que había un profesor de una asignatura complementaria al que no le importaba, incluso lo favorecía, el que propusieran noticias inventadas, porque decía que lo importante en esa fase del aprendizaje era saber cómo contar y cómo utilizar los medios: rodar, montar, etc.

A mí me parecía un poco arriesgado, y yo insistí en todo caso en que la ficción es un asunto distinto, y que para los periodistas era importante no olvidar ese elemento de la realidad: ceñirse a los hechos reales, contar cosas auténticas, aunque la historia no sea tan buena. No inventar, como principio. Y les ponía como ejemplo, por un lado, la tradición norteamericana de la llamada “literatura de no ficción”, tan relacionada con el periodismo, donde todo son historias reales, donde no se inventa nada: el mérito está en descubrirlos y saber contarlos convirtiéndolos en literatura.

Y les recordaba también el caso de la reportera del Washington Post que en 1981 ganó el premio *Pulitzer* por un reportaje humano e intenso sobre un niño drogadicto de apenas ocho años de edad: un reportaje de gran impacto y significación social, un espléndido trabajo cuyo único problema era que era falso, inventado, según se supo después de que su autora hubiera recibido el prestigioso galardón. *Janet Cook* tuvo que reconocer -antes de verse obligada a devolver el premio, para vergüenza suya y del periódico- que el niño en cuestión no existía: era una especie de síntesis, una creación a partir de diversas historias de las que ella había sido testigo o que ella conocía.

Igualmente podría haberles hablado de tantos otros casos parecidos al de la reportera *Cook*, de los que la historia reciente del periodismo está plagada.

También eran brillantes las crónicas del reportero *Jayson Blair*, en el New York Times hasta abril del año pasado: basadas en hechos falsos, inventados casi todos según descubrió el periódico más prestigioso del mundo, cuando ya había publicado cientos de ellas. El caso de *Jayson Blair* es muy característico de esta época, que impulsa a los periodistas a buscar la fama y el crédito, y la gloria profesional rápida y fácil. Y que ha desatado una competencia terrible e inhumana entre los medios, por las primicias, los *scoops*, y las exclusivas. *Jayson Blair*, tenía cierta fama de reportero arribista, escalador nato, poco preciso y poco riguroso, dado a cometer errores: así lo había señalado alguno de sus editores desde dos años antes de estallar el gran escándalo. Pero *Blair* era rápido, activo, escribía una historia tras otra, y era muy brillante, y se convirtió en una especie de mirlo blanco, un niño mimado del entonces director del New York Times, *Howell Raines*, ansioso por competir en garra y rapidez con los medios electrónicos y las cadenas de información continua. El resultado fue un gran desastre para el periódico cuando se supo que ni existían las fuentes que *Jayson Blair* citaba, ni había presenciado los hechos o las situaciones que describía brillantemente, ni había viajado a los sitios desde los cuales, supuestamente, enviaba sus infor-

mes, ni había realizado las entrevistas que firmaba: las inventaba, o las plagiaba de otros medios. Precisamente una denuncia de plagio por parte de un periódico de Texas fue lo que hizo saltar el escándalo.

En la investigación interna sobre el caso, y el informe subsiguiente, coordinado por un director adjunto del New York Times, *Allan Siegel*, uno de los nombres históricos del periódico, quedó claro que habían fallado todos los sistemas de control y de garantía, todos los sistemas de verificación, y que había fallado también la comunicación entre los responsables del diario y sus distintas áreas y secciones. Y que había primado esa prisa y esa búsqueda del brillo y de la primicia, sobre los criterios de rigor, veracidad y precisión de los que tanto se preciaba el New York Times.

Intentando sacar lecciones del desastre *Blair*, la comisión Siegel hacía una serie de recomendaciones para el futuro, haciendo hincapié en la necesidad de que haya sistemas objetivos para comprobar la precisión de las informaciones, y de un uso riguroso de las fuentes, desconfiando -entre otras cosas- de las fuentes anónimas. También se anunciaba un cuidado especial en la selección de los periodistas del diario y en su formación y evaluación permanente, así como la de los mandos, y, en general una mejor y más armónica integración de la redacción y de sus secciones, y una mayor descentralización de la estructura de funcionamiento del diario.

Además, se anunciaba la creación del puesto de un *Ombudsman*, una especie de defensor de los derechos de los lectores.

No ha sido la única autocrítica que ha tenido que hacer el New York Times en los últimos meses. Precisamente en mayo de este año el recién nombrado *Ombudsman* del periódico, *Daniel Okrent*, denunciaba lo que él llamaba el “ansia de primicias”, o el “síndrome de la primera página” como la causa de muchos de los errores e inexactitudes del New York Times a la hora de informar a sus lectores sobre los prolegómenos y el desarrollo de la guerra de Irak, el origen de muchas de las alegrías y ligerezas a la hora de ir dando por buenas informaciones sin contrastar que llegaban de aquí y de allá y que se aceptaban porque el ambiente general en el país (Estados Unidos) era favorable a la guerra; la razón, en fin, de todas esas noticias a las que se dio espacio sin verificarlas convenientemente y todas esas afirmaciones, procedentes de fuentes dudosas o directamente interesadas, a las que se dio crédito.

Fue un fracaso no individual, sino institucional, según *Daniel Okrent*. Tampoco aquí, aparentemente, funcionaron los controles, y el director del

periódico -en una época muy centralizada en el New York Times- no parecía muy interesado en las cautelas: de hecho, los periodistas que plantearon dudas sobre la exactitud de ciertas informaciones, o sobre la forma de presentarlas o titularlas, se encontraron marginados o relegados. Hubo en las semanas y meses anteriores a la guerra, una actitud de credulidad y aceptación ante el bombardeo de informaciones, insinuaciones o sugerencias que llegaban por canales “oficiales”, es decir del gusto del gobierno, o de fuentes con intereses muy claros, como los grupos iraquíes en el exilio, muy dados, en algunos casos, a intoxicar informativamente en el asunto de las armas prohibidas de Irak. Unos y otros ayudaron de forma decisiva a dar por hecho que existía un vínculo directo entre Al Qaeda y *Saddam Hussein*, o que este último contaba, efectivamente, con arsenales de armas de destrucción masiva.

También el Washington Post -otra leyenda del periodismo norteamericano- tuvo que hacer autocrítica respecto a su manera de informar sobre la guerra de Irak. En un artículo publicado en agosto pasado, el Post tuvo que reconocer con pesar que el periódico fue demasiado sensible a la retórica de la administración estadounidense, y que dio muchas portadas y mucho más espacio a los argumentos a favor del conflicto, y bastante menos a los que planteaban dudas -razonables y justificadas- en torno a si la administración norteamericana tenía verdaderamente pruebas concluyentes sobre la amenaza iraquí.

Y estamos hablando de auténticos gigantes del periodismo más serio. ¿Qué se podría contar del periodismo menos serio? Quería recordar aquí un caso reciente relacionado con la prensa popular británica, con el Mirror, un periódico de tendencia laborista en el panorama de los “tabloides”, que ha conseguido exclusivas muy vistosas, como introducir a un reportero en el Palacio de Buckingham, donde consiguió empleo como camarero presentando referencias falsas. El Mirror se lanzaba el día uno de mayo de este año, con una portada espectacular y con varias páginas interiores, con las fotos de las torturas y los malos tratos cometidos por soldados británicos en Irak: eran fotos, en blanco y negro, que mostraban a soldados del real regimiento de Lancashire humillando y maltratando a prisioneros iraquíes, golpeándoles con la culata de un fusil, y hasta en un caso, orinando ostentosamente sobre uno de ellos. Eran unas fotos llamativas, sin duda, bastante raras como fotos periodísticas, bastante estáticas para lo que decían ser; no daban idea de movimiento, estaban bien enfocadas y bien iluminadas, y la ropa y la piel de los prisioneros no mostraban trazas de sangre, ni siquiera de sudor, y no parecía reflejar las torturas o los malos tratos en cuestión. Pero el periódico decía

que eran auténticas y muchos lo creyeron así durante algunas semanas, hasta que definitivamente las autoridades militares determinaron que aquel camión que aparecía en las fotos, y donde supuestamente sucedían los hechos denunciados, no había estado en Irak. El director del *Mirror*, *Piers Morgan*, un periodista relativamente joven pero curtido en este tipo de prensa popular, insistió en defender su historia, y su defensa pasó por varias fases: primero aseguró que las fotos eran rotundamente auténticas, luego argumentó que el gobierno -el ministerio de Defensa- no había demostrado sin género de dudas que fueran falsas, y luego proclamó que, en todo caso esas fotos, representaban una ilustración o una escenificación de las torturas, y que ya lo importante no era si las fotos en sí eran auténticas o no, sino los casos de malos tratos a los prisioneros, que se sabe que sí se habían producido.

Pero llegados a ese punto la situación ya no era muy defendible, y el audaz director *Piers Morgan* se encontró una tarde con que los directivos del *Mirror* lo despedían de manera fulminante y sin el menor miramiento. Al día siguiente el *Mirror* apareció con un titular que casi ocupaba toda la portada: SORRY... WE WERE HOAXED, “Perdón... nos engañaron”, y debajo el diario pedía perdón, en efecto, a los lectores y al Real Regimiento de Lancashire.

No cabe duda de que en la época de internet es fácil sembrar dudas y hacer pasar las imitaciones y falsificaciones por cosas auténticas. Es fácil caer en el engaño. Sobre todo si se tiene prisa por publicar *scoops*. En esa misma buena fe debieron actuar sin duda *Dan Rather* y la CBS cuando en septiembre pasado el programa 60 MINUTOS difundió esa exclusiva que “demostraba” que el actual presidente *Bush* se había beneficiado de un trato de favor en su servicio militar, y que hasta se había negado a pasar un examen médico en la Guardia Nacional. Los documentos, que perjudicaban a *Bush* de cara a las elecciones, pronto se vinieron abajo como falsos: los había falsificado un antiguo mando de la Guardia Nacional llamado *Hill Burkett*, para favorecer a *Kerry* y al partido demócrata, al que él pertenecía. El asunto se volvió contra los demócratas, y contra el prestigio bien ganado de la CBS y de *Dan Rahter*: este último -una auténtica leyenda, para el que este error supone un golpe tremendo a una carrera larga y gloriosa- tuvo que pedir perdón personal y humildemente. Les engañaron, también. Una fuente interesada. Los republicanos le sacaron partido al error, y eso que era una historia que todos saben que era básicamente cierta, que hubo, desde luego, presiones y recomendaciones para que *Bush* hijo tuviera una “mili” cómoda y tranquila. Pero los documentos de la CBS eran falsos, y la cadena y los res-

ponsables del programa no se molestaron demasiado en esperar para contrastarlos y comprobar si eran auténticos o no, cosa que al parecer era bastante fácil de determinar.

El riesgo quizá es dar el salto, de lo que suponemos, o creemos, o estamos prácticamente seguros de que ha sucedido, o del modo como deducimos que han sucedido las cosas... a darlo por hecho, y pasar a contar que las cosas han sucedido así. En el caso del *Mirror* inventándose y escenificando los malos tratos o las torturas. En el caso de *Andrew Gilligan*, el periodista de la BBC que dio pie al gran escándalo del caso *Nelly*, describiendo como hechos reales lo que eran deducciones o suposiciones con más o menos fundamento.

Muchos, incluso dentro de la propia BBC, e incluso entre los actuales directivos de la corporación británica, creen que quizá ese ansia de exclusivas, de *scoops*, de primicias, en el muy competitivo panorama de la televisión, y la rapidez con que se trabaja, propició en parte los errores cometidos en el caso que desembocó en la muerte del científico *David Kelly*. Errores que le han valido finalmente tener que pedir perdón, algo muy serio para una entidad tan orgullosa como la BBC, y críticas muy duras, justificadas en algunos casos, exageradas en otros, dimisiones al más alto nivel, y una auténtica convulsión en la casa. La BBC está en el umbral de un duro proceso de reforma, y se anuncian un ajuste y una reducción importante de servicios y de plantilla, y un replanteamiento general de cara a definir su futuro a partir del año 2006 cuando debe renovarse, o revisarse, la carta, o el estatuto por el que se rige la corporación, que data de los años veinte y se renueva cada diez años. Esa carta es lo que hace a la BBC auténticamente independiente, entre otras cosas desde el punto de vista financiero: todos los británicos que poseen un televisor pagan anualmente una tasa, un canon, que ahora está en 121 LIBRAS, unos CIENTO OCHENTA Y DOS EUROS, para financiar a la BBC.

El caso *Gilligan* ha sido visto como un enfrentamiento entre la BBC y el gobierno, entre el empeño de la BBC por defender su independencia, a toda costa, aún a costa de no reconocer que se pudieron producir imprecisiones y errores, en la información de ese periodista, *Andrew Gilligan*, y el empeño del gobierno, se dice, de hacer frente a la visión crítica que, según él, según el gobierno de *Tony Blair*, estaba ofreciendo la BBC sobre Irak y sobre las razones para la guerra.

Lo que muchos vieron, desde el principio, es que esas imprecisiones contenidas en la información del periodista le dieron un buen pretexto al gobierno.

Los hechos son conocidos: una mañana de finales de mayo de 2003, *Andrew Gilligan* intervino en el programa *Today* de Radio 4, para decir -en directo e improvisando, sin un guión escrito- que el gobierno de *Tony Blair* sabía, cuando hizo público el informe sobre la amenaza iraquí, que el dato de que *Saddam Hussein* podía poner en marcha sus armas de destrucción masiva en un plazo de cuarenta y cinco minutos era probablemente falso, y que a pesar de eso decidió incluirlo en el dossier. Unos días después, *Gilligan*, un especialista en temas de Defensa en la BBC (radio), repitió la historia en un artículo que publicó en el *Mail on Sunday*, y en el que contó que su información procedía de “una fuente de los servicios de inteligencia británicos”, la cual le había dicho también que el propio *Alastair Campbell* -el principal asesor de *Tony Blair* en aquel momento- había sido el que había obligado a maquillar los informes sobre la amenaza iraquí para hacerlos más convincentes a la opinión pública.

El resto es conocido también. El gobierno reaccionó airadamente: *Alastair Campbell* se lanzó a degüello contra la BBC, decidido a demostrar que la información era falsa, mientras la BBC, a su vez, mantenía la historia con todas sus consecuencias, y apoyaba al periodista *Gilligan*. Pronto se hizo público que la fuente de *Gilligan* era el doctor *David Kelly*, un experto en armamento y asesor del ministerio de Defensa que no pertenecía, en realidad, a los servicios de inteligencia aunque tenía relación con ellos. El doctor *Kelly* negó ser la fuente principal de esa información, tal como *Gilligan* la presentó, pero, cada vez más en evidencia, el centro de la atención de los medios y del interés del público, se suicidó cortándose las venas.

Su muerte fue un golpe tanto para la BBC como, sobre todo, para el gobierno de *Tony Blair*. Medio año después, el informe elaborado por *Lord Hutton*, sin entrar a valorar los argumentos o los motivos del gobierno para ir a la guerra, o la veracidad de los informes de inteligencia en los que el primer ministro *Tony Blair* dijo basarse para ir a la guerra, venía a propinar un duro castigo a la BBC en forma de crítica demoledora a su actuación en el caso, mientras el gobierno *Blair* salía prácticamente indemne. Según el dictamen de *Lord Hutton*, la información emitida esa mañana por *Andrew Gilligan* era infundada, porque daba a entender que el dossier sobre Irak elaborado por el gobierno había sido maquillado con datos de inteligencia de los que se sabía que eran falsos o dudosos, cosa que, según el dictamen de *Hutton*, no era cierta. El juez *Hutton* afirmaba que la información que facilitó el gobierno sobre la amenaza iraquí era consistente con la inteligencia que había recibido sobre la situación en Irak, y ello “*independientemente de que con*

*posterioridad se considerara que el informe en el que se basó la afirmación sobre los 45 minutos no era fiable*". Además, el juez hacía extensiva la crítica a los *sistemas de control editorial* de la BBC por no haber sido capaces de evitar que saliera al aire esa "información sin fundamento".

El juez *Hutton* había marcado muy claramente los límites de su investigación. Otro informe posterior, elaborado por *Lord Butler* y hecho público en julio de este año, sí entró a analizar la información de los servicios de espionaje sobre Irak y la forma cómo se recopiló y se procesó toda esa inteligencia. El informe de *Lord Butler* resaltaba las graves deficiencias de la información facilitada por los servicios secretos, que -se dice- dando por buenas (como antes decíamos en referencia a la prensa) informaciones procedentes de fuentes dudosas, interesadas o directamente contaminadas, llegó a conclusiones equivocadas sobre el alcance de la amenaza iraquí, sobre las armas, los incumplimientos, y sobre las vinculaciones entre Irak y el terrorismo de Al Qaeda. En resumen, se decía que el documento del gobierno británico sobre la amenaza iraquí había ido más allá, sobrepasando los límites de los informes de inteligencia, y que la famosa afirmación de los cuarenta y cinco minutos no tenía que haberse incluido en ese documento. Ahora bien, *Lord Butler* afirma también que *Tony Blair* no intentó engañar deliberadamente a la opinión pública.

Pero es verdad que muchos han podido afirmar, sobre todo a la vista de este segundo informe, el informe *Butler*, que la historia del periodista *Andrew Gilligan* era -como decían quienes lo defendían- básicamente cierta, aunque muchas de sus afirmaciones no estaban demostradas y su forma de contar la historia fue imprecisa y chapucera.

Lo curioso es que algunas de las críticas más duras al periodista proceden de dentro de la BBC, como quedó claro en una edición del programa *Panorama*, el programa estrella del periodismo de investigación de la BBC, dedicado al asunto. En él se hacía una implacable crítica interna a la cadena, se ponía el acento en la falta de rigor del reportaje de *Gilligan* -del que se decía que tenía cierta tendencia a tomarse peligrosas libertades a la hora de contar sus noticias-, y se responsabilizaba a sus mandos por respaldar, sin comprobarlas, las afirmaciones del periodista. Hay que decir que el reportaje de *Panorama* dejaba también muy evidentes los pecados del gobierno *Blair* y sus maniobras para presionar y estrujar a los servicios de inteligencia en busca del material más convincente sobre Irak.

Y aquí queda bien recordar una frase que *Mark Byford*, el hombre que fue



nombrado director general de la BBC en funciones, tras la dimisión forzada del anterior, *Greg Dyke*, hizo a raíz del informe *Hutton*. Cuando le preguntaron por ese punto, si no era cierto que la historia de *Gilligan* era “cierta en su mayor parte”, *Mark Byford* respondió con rotundidad: *mostly right isn't good enough for the BBC* (“que sea cierto en su mayor parte no es suficiente para la BBC”). Y eso ha sido interpretado, en algunos casos, curiosamente, en el sentido de que la BBC podía renunciar a ser crítica con el poder y volver a esa imagen que muchos tienen tradicionalmente de la BBC: información independiente, siempre, aunque eso le cueste enfrentamientos con el gobierno de turno, y siempre rigurosa, seria y fidedigna, pero poco audaz, poco dinámica, lenta, poco rápida, que no se esfuerza por dar las noticias antes que nadie.

El anterior director general de la BBC, *Greg Dyke*, fue un hombre muy popular y populista, partidario de hacer una televisión más ligera y dinámica, y desde luego, independiente: ha demostrado con creces que era independiente del gobierno, y eso que cuando lo nombraron era conocido como donante del partido Laborista. Tras su dimisión, *Greg Dyke* se ha desahogado a gusto contra el gobierno, ha denunciado presiones constantes e intentos de intimidar a la BBC por su tratamiento de la guerra contra Irak, y ha lanzado acusaciones directas contra el entonces asesor de *Blair*, *Alastair Campbell*, que, según *Dyke*, intentaba siempre que la BBC informara de lo que él quería y como él quería. *Dyke* siempre ha dicho que no ve de qué tenía la BBC que arrepentirse ni por qué pedir perdón, y que no comparte los juicios del juez *Hutton*. Y ha insistido en esos argumentos en un libro que acaba de publicar, al tiempo que criticaba a sus sucesores al frente de la BBC. Hay que decir aquí que un grupo de veteranos reporteros del equipo de *Panorama* han vuelto a rechazar los argumentos del que fue director general, y han insistido en la falta de rigor profesional del reportaje de *Andrew Gilligan*.

La verdad es que la llegada del nuevo presidente de la BBC, *Michael Grade*, y del nuevo director general, *Mark Thomson*, ha marcado el comienzo de esa reforma significativa que se anuncia para la corporación. Sin renunciar a la independencia, sí se han mostrado decididos a que la BBC sea más humilde, y en el terreno de la información, a dar más papel a los editores a la hora de controlar la fiabilidad y la exactitud de las noticias, y a crear incluso una escuela de periodistas de la casa para asegurar la formación de los profesionales, y a desconfiar de las fuentes anónimas y tener mucho cuidado con las informaciones delicadas que procedan de una sola fuente, y a no competir por las audiencias a cualquier precio, y a dar más importancia a las

quejas, dando cabida a la idea de que las quejas pueden a veces tener razón y hay que tenerlas en cuenta.

En cualquier caso, la opinión pública británica ha sido más comprensiva con la postura de la corporación que con la del gobierno. Y todo el mundo admite que efectivamente hubo una presión fuerte, por parte del entorno del gobierno sobre los servicios de inteligencia, para que reunieran información que destacase el peligro, la amenaza iraquí.

O sea que el pecado, o el error de la BBC en este asunto ha sido bastante leve en comparación con los otros a los que nos hemos referido. Y leve, sin duda, en relación con el panorama periodístico que se vive en muchos países. Hace unos días el profesor *Timothy Garton Ash* escribía que, “después de todo, el presidente y el director general de la BBC dimitieron a raíz de defender un reportaje que, al final, aunque el periodista *Andrew Gilligan* lo presentara con unas inexactitudes intolerables, contenía más verdades de peso que el dossier adornado que criticaba”.

En fin, si tiene sentido relacionar casos bastante dispares es porque, como vemos, esa tendencia a la prisa y a la pasión por las primicias y por las cuotas de audiencia puede dañar la reputación incluso de los grandes símbolos de la independencia y la fiabilidad en el periodismo.

Termino con una frase que cita *Daniel Okrent* en su informe para el New York Times titulado WEAPONS OF MASS DESTRUCTION? OR MASS DISTRACTION?, cuando previene contra el exceso de adrenalina en los momentos en que se necesita más prudencia, y cuenta lo que le decía un veterano del periódico: “Hace no mucho tiempo, los editores tenían como lema: *‘No lo cuentes el primero, cuéntalo con rigor’*. De ahí se pasó pronto a: *‘Cuéntalo el primero y cuéntalo con rigor’*. El próximo paso, ya se sabe cuál puede ser, decía”. Lo podemos verbalizar, para que quede más claro. Sería algo así como: “Cuéntalo el primero, vaya como vaya”. Para muchos, lamentablemente, el periodismo hoy consiste en eso, aunque en la redacción del New York Times, el formularlo así, de una forma tan rotunda, aún pueda parecer escandaloso.